

CAPITULO V

PRINCIPIOS DEL REINADO DEL CORAZÓN DE JESÚS EN ESPAÑA

SUMARIO: 1. El Rey Felipe V, a ruegos del P. Gallifet, Asistente de Francia, se interesa en promover la devoción al Corazón de Jesús.—2. En 1727 empieza el P. Cardaveraz y poco después el P. Hoyos a practicar privadamente esta devoción.—3. Primer sermón en España sobre el Sagrado Corazón predicado en Bilbao en 1733.—4. Primera Congregación del Corazón de Jesús establecida en Lorca por el P. Calatayud en 1733.—5. El Padre Juan de Loyola escribe un librito sobre esta devoción, que el P. Hoyos difunde por toda España.—6. Muerte del P. Hoyos.—7. El P. Calatayud instituye numerosas congregaciones en honor del Sagrado Corazón y los jesuitas más ilustres de España propagan esta devoción. Concilio de Tarragona en 1738.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: Las cartas de los PP. Gallifet, Cardaveraz, Hoyos, Calatayud y otros citados en el texto.

El título del presente capítulo es la portada de una obra publicada hace cuarenta y dos años por nuestro gran bibliógrafo P. José Eugenio de Uriarte (1). Lo que él explicó latamente en un libro, lo haremos nosotros con brevedad en un modesto capítulo, indicando los humildes principios que tuvo en España esta célebre devoción, que ahora llena todo el mundo con los rayos de su resplandor y atrae hacia Cristo a todas las almas. No hay duda que en tiempos anteriores, ya en la edad media, Jesucristo Nuestro Señor se dignó comunicarse íntimamente a ciertas almas privilegiadas, les mostró su Sagrado Corazón y les infundió con más o menos claridad el espíritu de esta santísima devoción. Pero todos saben que el culto del Sagrado Corazón se estableció en la Iglesia pública y definitivamente a consecuencia de las revelaciones hechas por Jesucristo a su amada esposa, Santa Margarita María de Alacoque, desde el año 1675 en adelante.

(1) *Principios del reinado del Corazón de Jesús en España*, por el P. José Eugenio de Uriarte. Madrid, 1880.

Por entonces también quiso nuestro Salvador manifestar a la misma sierva suya, que deseaba establecer esta devoción en todas partes, principalmente por medio de los Padres de la Compañía de Jesús (1), y no hay duda que en nuestra España por medio de Padres jesuitas empezó a implantarse esta dulcísima devoción en el siglo XVIII.

Los primeros pasos en este negocio, aunque parezca extraño, los dió nuestro Rey, Felipe V, pero movido por Padres de la Compañía. En 1725 el P. José de Gallifet, Asistente de Francia, deseando obtener de la Sede Apostólica el oficio y misa del Sagrado Corazón de Jesús, tuvo la idea de recurrir al valimiento del Rey Católico, para facilitar con su poderosa petición el beneficio que se esperaba del Sumo Pontífice. Suponemos que se entendería primero con el confesor del Rey, que era entonces el P. Gabriel Bermúdez, para preparar el terreno. Es lo cierto que por Diciembre dirigió desde Roma a Su Majestad la carta siguiente:

«Señor: La paz de J. C. Me atrevo a recordar a Vuestra Majestad su mucha devoción al Corazón adorable de Jesucristo. Ha prometido Vuestra Majestad su regia protección al plan y empeño de obtener de la Santa Sede formal aprobación para el culto de este Corazón divino (2). Creo, Señor, llegado el tiempo de alcanzar esta sanción. El Padre Santo está inclinado a concederla, y tanto, que acaba de ver con sumo agrado la impresión de un libro sobre esta materia que he tenido el honor de presentarle y de hacer imprimir bajo sus auspicios. Necesitamos ahora llevar el asunto al examen de alguna Congregación de Cardenales para recabar de la Santa Sede que apruebe su oficio y misa propios del día de la fiesta del Sagrado Corazón. Mas como semejantes gracias suelen hallar no poca dificultad, hay que acudir para vencerla al apoyo de las altas potencias. Dios en todos tiempos no ha dejado de suscitar príncipes y reyes que han tomado como gloriosa empresa y como religioso deber el intervenir en esos casos, sosteniendo con su autoridad estas obras santas ante el Papa y los Cardenales. No es otra, Señor, la gracia que suplicamos a Vuestra Majestad en favor de la devoción al Corazón

(1) *Vie et œuvres de la B. Marguerite M. Alacoque*, t. I, p. 289.

(2) Estas palabras y otras que leemos en el documento siguiente, dan a entender que ya antes se había tratado con el Rey de obtener esta gracia de la Santa Sede. Ignoramos cuándo empezaría esta negociación.

adorable de Jesucristo. Desde el feliz instante en que Monseñor Cornejo, agente de Vuestra Majestad en esta corte, me anunció que Vuestra Majestad tiene su mira puesta en fomentar esta santa y amable devoción he abrigado entera confianza de que Jesucristo ha destinado a Vuestra Majestad para proveer a que en todos los reinos de la católica España logre el divino Corazón los honores que él desea, y que serán indudablemente para Vuestra Majestad y para todos sus pueblos manantial fecundo de toda suerte de bienes. Vuestra Majestad, Señor, tiene en Roma un agente muy digno de su confianza en la persona del Sr. Cornejo; y en las de los Cardenales tiene, o bien súbditos, o bien afectos a su corona. Un mandato o una recomendación expresa de Vuestra Majestad, en que se encargiese lo muy a pechos que toma este negocio, será para nosotros de incalculable valía. Ningún propósito hay, Señor, que sea más digno de vuestra piedad magnánima, y de llevarse a cabo, como espero, indefectiblemente atraerá sobre su sagrada persona y sobre su augusta familia la bendición colmada de Jesucristo. Soy con el más profundo respeto, Señor, de Vuestra Majestad muy humilde y muy obediente servidor, José de Gallifet, de la Compañía de Jesús, Asistente de Francia. Roma, 22 de Diciembre 1725» (1).

El Rey se mostró dispuesto a secundar los piadosos deseos del P. Gallifet. Un mes después de escrita su carta, y, por consiguiente, pocos días después de recibida en Madrid, se dirigió a D. Félix Cornejo, agente del Rey en Roma, un real despacho, firmado en el Pardo a 26 de Enero de 1726, en el cual se le decía lo siguiente: «El P. José de Gallifet, de la Compañía de Jesús y Asistente general de Francia por su religión en esa corte, ha dado cuenta ser ya el tiempo oportuno, por lo favorablemente dispuesto que se halla el Papa para continuar en la solicitud del rezo y misa propios para el día de la fiesta del divino Corazón de Jesús. Y siendo esta materia, de que ya le está hecho a V. S.^{ría} especial encargo y V. S.^{ría} participado el estado en que quedaba, me manda el Rey decir a V. S.^{ría} que en consecuencia de las órdenes que sobre esto le están dadas, y en inteligencia de que Su Majestad desea el feliz logro de la gracia del rezo y misa propios del día de la fiesta del divino Corazón de Jesús, pase

(1)* Uriarte, *Principios del reinado del Corazón de Jesús en España. Introducción*, XI (nota).

V. S.^{ría} así con el Papa como con los Cardenales que fueron destinados para el conocimiento de este negocio los más eficaces oficios en su real nombre para facilitar su consecución. Y respecto de que el Cardenal Belluga con su gran celo se debe creer esforzará cuanto pueda su logro, y más si sabe que Su Majestad se interesa en él, quiere también Su Majestad que V. S.^{ría} le hable en el asunto, a fin de que Su Em. por su parte, haga las diligencias convenientes a tan santo fin, de que prevengo a V. S.^{ría} para su cumplimiento» (1).

Todo el año 1726 debió pasarse en las negociaciones privadas del Sr. Cornejo y del Cardenal Belluga, los cuales a una con el P. Gallifet promoverían este asunto en Roma, conferenciando con los individuos de la Congregación romana que debía examinar esta causa, dando las explicaciones oportunas y preparando los ánimos de todos para el logro feliz de este santo empeño. Al cabo de un año creyó el P. Gallifet que ya el negocio estaba maduro para que nuestro Rey interviniese en él a cara descubierta. El 1 de Febrero de 1727 escribió de nuevo a Felipe V, proponiéndole dos cosas: una, que dirigiese una carta al Sumo Pontífice, pidiendo el rezo y misa del Sagrado Corazón para los reinos de España. Otra, que contribuyese con alguna dádiva a la solemne festividad que se pensaba hacer en Roma en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Ambas ideas aceptó plenamente el Rey Católico. En cuanto a lo segundo, concedió más de lo que se le pedía, pues pagó la edición del libro publicado por el P. Gallifet con el título *De cultu Sanctissimi Cordis Dei Jesu*. Para preparar la carta del Rey se entendió el P. Asistente de Francia con el P. Guillermo Clarke (2), Rector del colegio escocés, que poco antes había sucedido al P. Bermúdez en el cargo de Confesor del Rey. Muy probable es que se deba al P. Clarke el texto de la carta real, que decía así: «Muy Santo Padre: Deseando por mi parte concurrir a que se extienda y propague la devoción al Divino Corazón de Jesús, estoy persuadido de que esto se facilitará concediendo Vuestra Santidad para todos mis reinos y dominios la misa y oficio propio suyo. Por lo que, fiado en el paternal amor de V. Beatitud,

(1) *Ibid.*, p. X.

(2) Así lo dice el mismo P. Gallifet en la carta que dirigió al Rey. Puede verse en Uriarte, p. VIII, nota.

paso a suplicar a V. Santidad con las mayores veras y empeño se sirva de dispensarme esta gracia, que espero merecerlo, como el que me conceda igualmente su santa y apostólica bendición, que humildemente imploro a V. Beatitud. Nuestro Señor guarde la muy santa persona de V. Santidad al bueno y próspero regimiento de su universal Iglesia. Del Buen Retiro a 10 de Marzo de 1727. De V. Santidad muy humilde y devoto hijo Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de las Españas y de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc., que sus santos pies y manos besa.—El Rey. Juan Bautista de Orendayn» (1).

Esta carta, según el P. Uriarte, fué la tercera presentada al Sumo Pontífice por príncipes católicos en este negocio de promover la devoción al Corazón de Jesús y pedir su misa y rezo. La primera había sido la de D.^a María Beatriz Leonor de Este, Reina de Inglaterra el año 1697. La segunda la mandó el Rey de Polonia, Augusto II, el 15 de Mayo de 1726.

2. Estos actos aparatosos de los príncipes, estos documentos públicos y solemnes eran humanamente necesarios o muy oportunos para que la devoción al Corazón divino hallase franca la puerta de las naciones cristianas y pudiera difundirse sin estorbo entre el pueblo fiel. Pero ya supondrá el lector que para obras como estas se requieren agentes activos, motores enérgicos y laboriosos, cuales no suelen ni pueden ser de ley ordinaria los príncipes seculares. Estos agentes y promotores los excita Dios dónde, cuándo y como El es servido, y en el caso presente, para propagar por España esta suavísima devoción escogió principalmente a dos jesuitas jóvenes y oscuros, a dos Hermanos estudiantes de la provincia de Castilla, a dos hombres, en fin, que parecían los menos aptos para llevar a cabo empresa tan grande.

Ya dimos a conocer en el capítulo III al P. Agustín de Cardaveraz. Cuando empezaba a estudiar la teología en el colegio de San Ambrosio, de Valladolid, por Octubre de 1726 comenzó también a practicar a su modo la devoción al Corazón de Jesús. Inspiróle Dios esta práctica por medio del libro publicado aquel año por el P. Gallifet, del cual hemos hecho mención más arriba (2). «Me consolé mucho en el Señor, escribía el mismo Carda-

(1) Uriarte, *ibid.*, p. VII.

(2) La historia de los hechos que vamos a referir se nos presenta acompañada de un gran número de visiones, revelaciones y todo género de dones.

veraz al P. Juan de Loyola, cuando leí el tomo del P. Gallifet en San Ambrosio, y lo leí muchas veces» (1). Y en otra carta escrita en 1733 añadía este dato: «Desde mi primer año de teología he celebrado según mi tibieza esta dulcísima festividad [del Sagrado Corazón] al otro día de la octava del Corpus, y desde que me ordené he procurado todos los viernes hacer especial mención mentalmente en el santo sacrificio de la misa en honor de este misterio soberano.» Tal es la noticia más antigua que tenemos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús practicada por los Nuestros en España. Empieza con el P. Cardaveraz en el año 1727.

Durante unos seis años no tenemos noticias particulares sobre el progreso de esta devoción. El P. Cardaveraz terminó la teología el año 1730, hizo luego la tercera probación y después fué destinado al colegio de Bilbao. Ya en estos años empezó a cartearse con el H. Bernardo Francisco de Hoyos, comunicándole los secretos de su corazón. A fines de Abril de 1733, mientras el H. Hoyos estudiaba teología en el colegio de San Ambrosio de Valladolid, el P. Cardaveraz, que deseaba predicar en Bilbao un sermón sobre el Divino Corazón de Jesús, escribió a su compañero que pues existía en Valladolid el libro del P. Gallifet *De Cultu Cordis Dei Jesu* y él no lo poseía en Bilbao, le hiciese el favor de copiarle lo que dice este autor sobre la institución de la fiesta del Corpus y sobre las revelaciones y dificultades que en ello hubo.

Esta demanda dió ocasión al H. Hoyos para leer el libro del P. Gallifet, y como seis años antes Cardaveraz, así él se sintió ahora extraordinariamente movido a practicar y promover esta dulcísima devoción. Envió a Bilbao la copia que se le pedía y al

místicos, concedidos por Dios a los dos jóvenes jesuitas, Agustín de Cardaveraz y Bernardo Francisco de Hoyos. Hemos oído juicios muy diversos acerca de esas comunicaciones divinas. Hace pocos años fué introducida en Roma la causa de beatificación del P. Hoyos. Veremos el juicio que forma la Iglesia acerca de las gracias extraordinarias que se atribuyen a este Padre. Lo que se diga de ellas deberá aplicarse a las que se cuentan del P. Cardaveraz, pues son del mismo género. Entretanto, para no exponernos a errar en materia tan delicada, hemos juzgado conveniente prescindir en nuestro relato de todas las visiones y revelaciones sobrenaturales, y contar sencillamente lo que se hizo en la práctica para extender por España la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

(1) Uriarte, *ibid.*, p. 2.

mismo tiempo escribió al P. Cardaveraz, quejándose amorosamente de que no le hubiera descubierto antes el tesoro preciosísimo que en esta devoción nos ofrece nuestro Salvador. Correspondió afectuosamente a esta carta el P. Cardaveraz, indicándole el provecho espiritual que él había recogido con la práctica de esta devoción y gozándose de que entrara por el mismo camino el H. Hoyos. Este, deseando consagrarse con toda su alma al Sagrado Corazón, copió la fórmula del P. La Colombière y el día 12 de Junio de 1733, durante la misa, con inexplicable fervor de espíritu se ofreció al culto y amor del Sagrado Corazón, proponiendo promover cuanto pudiera esta tierna devoción (1).

El primer hombre a quien comunicó este pensamiento fué el P. Juan de Villafañe, Rector del Colegio de San Ignacio y que había sido el anterior Provincial de Castilla. Habiendo acudido un día casualmente al colegio de San Ambrosio, el H. Bernardo que le vió, se acercó a él animosamente y con humilde franqueza le declaró la nueva devoción que había empezado a practicar con grande alegría y provecho de su espíritu. Ya la conocía el prudente Rector, porque tres años antes, en 1730, había asistido a la Congregación general y tratado en Roma con el P. Gallifet. Aprobó paternalmente el pensamiento del joven Hermano teólogo y añadió que él también estaba dispuesto a participar en la empresa de promover este culto revelado por Jesucristo.

Alegre con tan autorizada aprobación, el H. Hoyos fué a buscar al P. Francisco Ignacio de Eguiluz, que en otro tiempo había sido su Rector y maestros de novicios en Villagarcía, con quien tenía la confianza filial y cariñosa que suelen concebir los buenos novicios hacia su maestro. Este Padre admitió de lleno las ideas de su antiguo novicio, y tomando la fórmula del P. La Colombière, que le dió Bernardo, hizo fervorosamente su ofrecimiento al Señor, prometiendo practicar y promover toda su vida el culto al dulcísimo Corazón. Dió prudentes consejos a su discípulo y en adelante apoyó siempre la empresa de propagar esta devoción. En pos de estos Padres fueron llegando algunos otros suavemente atraídos por las humildes invitaciones del H. Bernardo. Véase cómo los enumera el P. Juan de Loyola en la Vida que escribió del P. Hoyos.

«Al P. Eguiluz siguió con no menor resolución y generosidad

(1) Uriarte, p. 70.

el P. Manuel de Prado, actual Provincial y Rector y maestro de novicios que había sido del joven en Villagarcía; a éste los Padres Juan de Carbajosa y Gregorio Jacinto de Puga, grandes amigos y compañeros de misiones del P. Calatayud; Pedro de Peñalosa, Clemente Recio y varios otros que se correspondían familiarmente con el P. Loyola; José de Jáuregui, Agustín de Basterrechea, Bernardo del Río y otros muchos con quien trataba el P. Agustín Cardaveraz. Es inútil advertir, que no fueron de los últimos en alistarse bajo la bandera del Corazón de Jesús, los PP. Fernando de Morales, Manuel de la Reguera, Diego Ventura Núñez, Francisco de Rábago y tantos otros esclarecidos sujetos de nuestra Provincia, entre los cuales bien merece también ser nombrado, aunque no fuera más que por su devoción y piadosa amistad, el H. Juan Lorenzo Jiménez. Como todos ardían en los mismos deseos que el H. Bernardo, de que cuanto antes se lograsen los amorosos designios del Corazón de Jesús, es mucho lo que estos celosos Padres le estimulaban con nuevas ideas e invenciones; que todo era echar brasas al fuego, que apenas podía ya caber en su corazón» (1).

Más que ninguno de los Padres nombrados, habían de promover esta empresa el mismo P. Juan de Loyola y el P. Pedro de Calatayud. A este segundo ya le conocemos por sus misiones. El primero había nacido en Valverde (León), en 1686, y entrado en la Compañía en 1704. Enseñó filosofía y teología y fué Rector de los colegios de Tudela, Segovia y Pamplona. Dos veces fué socio del maestro de novicios en Villagarcía y mientras desempeñaba este oficio entró religioso el P. Hoyos. Así es que le conoció desde los principios de su carrera y le guió como maestro, aunque algunas veces no se desdeñó de ser su discípulo. Con este P. Loyola, más que con nadie comunicaron siempre sus ideas Cardaveraz y Hoyos. Parecida confianza depositaron ambos jóvenes en el gran misionero P. Calatayud, y sobre todo el Padre Cardaveraz se carteaba afectuosamente con él interesándose como ninguno en el éxito de sus misiones.

3. Mientras el H. Hoyos en Valladolid invitaba suavemente a sus amigos y conocidos a venerar el Corazón sagrado de nuestro Redentor y reunía en torno de Jesucristo a un grupo de hombres tan escogidos, resonaban por primera vez en España desde

(1) *Vida del P. Bernardo F. de Hoyos*, P. III, c. 2.

el púlpito las alabanzas y maravillas del Sagrado Corazón. Este primer sermón se predicaba en Bilbao, y como ya lo habrán supuesto nuestros lectores, el predicador era el P. Agustín Cardaveraz. No ha llegado hasta nosotros el texto de aquel sermón, ni podemos conjeturar la serie de ideas que iría desarrollando el predicador. Es de suponer que trabajaría su obra sobre el fragmento del P. Gallifet, que le copió en Valladolid el H. Hoyos. Lo que nos consta es que el sermón se predicó en la iglesia de nuestro colegio de Bilbao en el día de la octava del Corpus, 11 de Junio de 1733. El mismo Cardaveraz en carta al P. Loyola nos describe el efecto de aquel sermón.

«Habiendo encomendado, dice, con total confianza mi función de la villa a mi dulcísimo amor Jesús con larga oración, y purificado la intención cuanto pude al parecer, deseando sólo que, como predicaba los triunfos del amor de Jesús en el Sacramento y señaladamente en la solemnidad del Corpus, así fuese adorado y amado de todos en el Santísimo Sacramento, prediqué mi sermón, y con más gusto y connaturalidad por lo piadoso del asunto. Asistieron a la función por honrarme más de lo que yo jamás puedo merecer, nuestro P. Rector por su suma benignidad con el H. Procurador y todos los otros Padres; y sólo dos quedaron en el colegio; de suerte que éramos en todo diez: cosa que no habrán visto en Bilbao. Todos quedaron contentísimos: esto ya se ve que es afecto y amor que yo les debo. Pero nuestro dulcísimo amor Jesús me favoreció con especialidad aquel día. Los seglares y aun los de casa se dejan decir locuras, que me avergüenzo de decir aquí. Yo, Padre mío, a lo que alcanzo, si del todo no se entorpece mi entendimiento por el amor propio, no siento afecto desordenado que se me pegue; pero temo a mí mismo, y que por este camino pierda yo el mérito de mis trabajos y aun me pierda del todo» (1).

Mientras de este modo se pregonaban desde el púlpito las gracias y maravillas del Divino Corazón, brotó un pensamiento, no sabemos si debido al P. Cardaveraz o al H. Hoyos, que ciertamente hubiera sido muy oportuno y eficaz si se hubiera realizado. Tal fué el solicitar una petición colectiva de los obispos españoles al Sumo Pontífice en demanda del rezo y misa del Sagrado Corazón y enviarla acompañada con una súplica de nues-

(1) Uriarte, p. 74.

tro Rey, todo lo cual no podría menos de mover mucho el ánimo de Su Santidad. El P. Cardaveraz se entusiasmó con esta idea, y escribiendo a Bernardo a principios de Agosto, le decía: «En lo que toca al Corazón divinísimo de nuestro Jesús, tengo especial confianza en el mismo Corazón, que como primer móvil rige todos los otros corazones que, vencidas todas las otras dificultades, se conseguirá. Lo de los prelados intercesores es necesario; y crea que si se junta una súplica de nuestro Rey Católico, hará mucho» (1). Ciertamente el Cardenal Belluga se había mostrado desde años atrás muy propicio a la causa del Corazón de Jesús, y no faltaban obispos españoles animados de los mismos sentimientos; pero obtener una carta colectiva de todos era obra larga y que pedía mucho tiempo y tal vez no fáciles negociaciones.

Entretanto el H. Bernardo, corriendo el verano de 1733, se aplicó a conseguir lo otro, que le pareció más fácil, esto es, hablar al Rey e inducirle a que interpusiera su valimiento en favor de tan noble causa. Dos circunstancias le facilitaron este negocio. La corte veraneaba entonces en San Ildefonso, sitio real cercano a Segovia, y allí residía el P. Clerke, confesor de Su Majestad. Por otra parte, era entonces Rector del Colegio de Segovia el P. Juan de Loyola. Véase lo que nos refiere este mismo Padre:

«Teníame Bernardo a mi cerca de la corte, que por este tiempo hacía su asiento en el real sitio de San Ildefonso. Vivía yo en nuestro colegio de Segovia, y por mi empleo de Rector, visitaba algunas veces al R. P. Guillermo Clerke, de nuestra Compañía de Jesús, confesor de Su Majestad. Por medio de este Padre había solicitado y conseguido el R. P. Gallifet la carta de nuestro Rey, de que acabamos de hacer mención, y así no podían ser más oportunas las circunstancias para renovar la súplica al R. P. Confesor, y poder éste sin violencia hablar a nuestro piadosísimo monarca en el asunto del Sagrado Corazón de Jesús. Tomé a mi cargo hablar al P. Confesor y suplicarle se dignase interesar el poderoso influjo de Su Majestad en lo mismo que pocos años antes había pedido al Sumo Pontífice. Como el Reverendo P. Clerke estaba mucho más instruido en este asunto que los mismos que lo solicitaban, ofreció benignamente sus poderosos influjos» (1).

(1) Uriarte, p. 85.

(1) *Ibid.*, p. 87.